

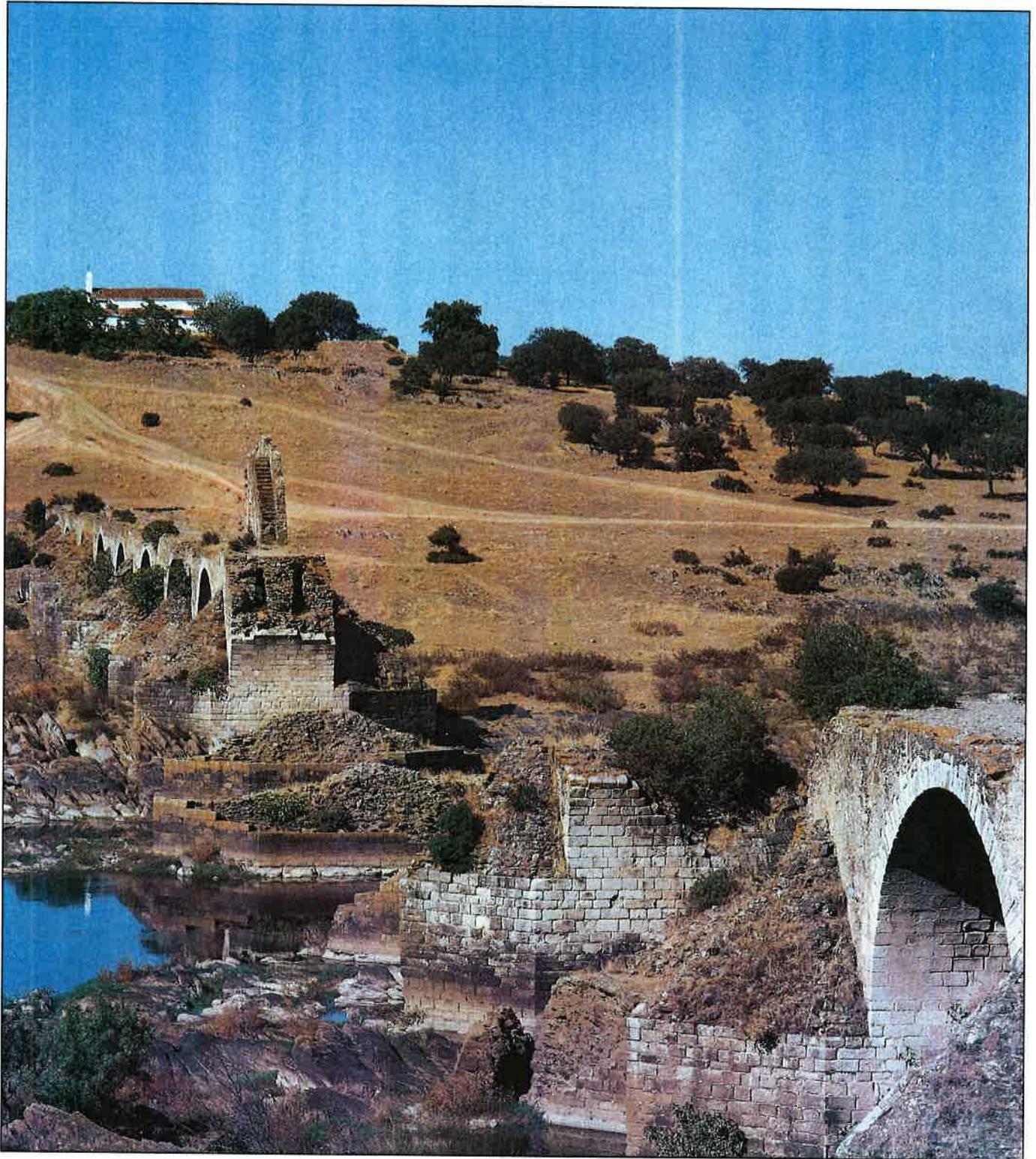
EXTREMADURA

Nº 7 Pueblos y Paisajes IV

BADAJOS

PVP: 495 Ptas

A través de sus: Ciudades • Pueblos y Paisajes • Historia • Arte • Fiestas y Tradiciones • Gastronomía



Director-Editor:
Juan Agero

Dirección artística:
Mercedes Agero Jacobsen

Maquetación:
Alfonso F. Pacheco

Corrección de estilo:
Jacinto Antolín
(Licenciado en Filología Moderna)

Coordinador Textos:
Jaime Naranjo Gonzalo
(Profesor de Historia)

Textos:

Manuel Martínez Mediero
(Dramaturgo)

Santiago Corchete Gonzalo
(Poeta y Escritor)

Francisco R. Blanco Coronado
(Médico. Vicepresidente de ADENEX)

Justo Vila Izquierdo
(Escritor)

Francisco Zarandieta Arenas
(Profesor de la Universidad de Extremadura)

Luis Alfonso Limpo Píriz
(Licenciado en Ciencias de la Información y Bibliotecario)

Ramón de Arcos Nieto-Herrero
(Técnico Agrícola. Biólogo)

Juan Francisco Zamora Cabanillas
(Doctor en Químicas. Licenciado en Medicina)

José María Lama Hernández
(Licenciado en Filosofía y Letras.)

Enrique Cerrillo y Martín de Cáceres
(Catedrático de Arqueología. Universidad de Extremadura)

Miguel Rodríguez Cancho
(Catedrático de Historia Moderna. Universidad de Extremadura)

Francisco Javier Pizarro Gómez
(Profesor Titular de Historia del Arte. Universidad de Extremadura)

Eduardo Acero Calderón
(Licenciado en Bellas Artes)

María del Rosario Calvo García
(Licenciada en Geografía e Historia)

Cofradía Extremeña de Gastronomía

Fotografía:

Albino López Pedraza

Nuestro agradecimiento por las facilidades obtenidas para la realización de algunas de las fotografías de este libro a:
Consejería de Cultura y Patrimonio de la Junta de Extremadura, Museo Arqueológico de Badajoz, Diputación Provincial de Badajoz, Museo de Bellas Artes de Badajoz, Catedral Metropolitana de Badajoz, Arzobispado de Mérida-Badajoz, Consorcio de la Ciudad Histórico-Artística y Arqueológica de Mérida, Museo Nacional de Arte Romano (Mérida), Museo Extremeño e Iberoamericano de Arte Contemporáneo, Real Sociedad Económica Amigos del País, Ayuntamiento de Zalama de la Serna, Palacio de los Marqueses de Solanda (Zafra), Museo Etnográfico de Olivenza, Casa de la Misericordia (Olivenza), Ayuntamiento de San Vicente de Alcántara, Monasterio de Tentudia, Convento de Santa Clara (Zafra)

Las fotografías de la parte gastronómica se realizaron gracias a la amable colaboración del restaurante:
Mesón La Jara-Casa Andrés. Puebla de la Reina (Badajoz)

© **Agedime, S. L.-Editorial Mediterráneo**
Diego de León, 39, Madrid (28006)

ISBN Obra Completa: 84-7156-322-3

ISBN Fascículos 84-7156-321-5

Depósito Legal: M-32397-1996

Fotocomposición: **Safekat, S. L.**, Fotomecánica: **Pentados, S. A.**, Papel: **Torraspapel, S. A.**, Impresión: **Gráficas Muriel, S. A.**, Encuadernación Tomo: **Abedul, S. L.**

Una excursión por la Raya. (San Vicente de Alcántara-Alburquerque-Olivenza)

Luis Alfonso Limpo Píriz

Para Eduardo Barrenaecha, in memoriam.

San Vicente de Alcántara
En el castillo de Piedrabuena lo palaciego predomina sobre lo militar.

Imprevisto ferroviario y nuevos compañeros. Discusiones de un geógrafo con un historiador

LA verdad es que de no haber sido por los huelguistas de Valencia de Alcántara —cortaron la vía justo una hora antes de que pasara el *Lusitania*— nunca habiéramos hecho aquel improvisado viaje que tan gratos recuerdos e impresiones dejó en todos nosotros. Para mitigar la espera, algunos pasajeros entramos en la cantina. Forzados por las circunstancias, no tardamos en entablar conversación un geógrafo, un catedrático de Hispánica, crítico de arte en sus ratos libres, un medievalista y quien esto escribe, maestro de mucho y oficial de nada. Nos unía una común procedencia, Madrid, y un mismo destino, Lisboa. Allí, en los días previos a la Semana Santa, iba a tener lugar el I Congreso Luso Español de Geografía, Lengua e Historia Comparada. A pesar de que el jefe de estación ofreció un autobús que llegaría a media tarde, los cuatro decidimos alquilar allí mismo un coche y proseguir viaje por nuestra cuenta. No es que tuviéramos prisa. Al contrario, a todos nos fastidiaba por igual el tedio de la espera y las vacuas solemnidades de la sesión inaugural del Congreso. Así que... carretera y manta. Optamos por aprovechar nuestro tiempo y el espléndido clima de primavera para, torciendo el rumbo previsto, descender en paralelo a la frontera y entrar en Portugal por Villanueva del Fresno. El campo extremeño, empapado por las lluvias generosas del invierno anterior, constituía una expresa invitación al viaje. También lo atractivo del itinerario. Íbamos a tener la oportunidad de recorrer, juntos, pueblos y tierras de una Raya que cada cual conocía sólo desde su propia perspectiva profesional.

La Raya, *A Raia*, que dicen por estos pagos. Pero, ¿dónde está? ¿Dónde acaba España y empieza Portugal? La misma tierra se extiende, sin solución de continuidad, a ambos lados de esa línea invisible que va de uno a otro mojón. El ecosistema, el paisaje, es el mismo. Allí el *monte* y el *montado*, los *sobreiros*, las *azinheiras*, las *varas de porcos*. Aquí el cortijo y la dehesa, el alcornoque, la encina, los cerdos en pira. Identidad del paisaje. Y del paisanaje. Simetría, también, en los clásicos tipos humanos, todos en vías de extinción: pastores, *ganhões*, jornaleros, terratenientes, contrabandistas, *latifundiários*. Simetría en las fiestas, en las costumbres —aquí el Fuero del Baylío, allí la *Lei da Metade*—. Simetría en los pueblos alcondorados sobre los riscos, ajedrez con resultado de tablas en una partida de siglos. Valencia frente a Marvão, Portalegre y Arronches frente a Alburquerque, Elvas y Juromenha frente a Badajoz, Monsaraz y Mourão frente a Villanueva y Alconchel. Extremadura, tierra de frontera, es aquí doblemente Extremadura. No hay Pirineos. Pero las barreras que separan a Portugal de España no son, por invisibles, menos altas. ¡Es tanto lo que nos divide y al mismo tiempo nos une!

—Señores, no hay cordilleras entre nosotros, pero sí ríos. ¿Saben ustedes que de los 1.209 kms. que abarca nuestra frontera con Portugal, 800 corresponden a cursos de agua? Casi los dos tercios. Miño, Duero, Tajo y Guadiana —también sus afluentes— nos hacen las veces de frontera a los peninsulares.

Ríos y montañas, claro. Las fronteras naturales. Elementos de la Geografía, permanentes, para estabilar la Historia, mudanza. Nuestro compañero geógrafo tiene frescas las cifras de la ponencia que le toca presentar en Lisboa y pretende arrimar el ascua a su sardina. Pero desde el asiento trasero le interpelan.

—¿Y qué? Entonces, ¿por qué no se superpone la frontera al *thalweg* del Coa, del Gévora, o del Guadiana en su totalidad? Mirad el mapa o, mejor aún, mirad allá, a vuestra derecha. Estamos en la raya seca. La Geografía propone, pero el hombre dispone.

La sentencia no podía venir sino de labios de nuestro compañero de viaje, el medievalista. Acude al Congreso con una comunicación sobre el Tratado de Alcañices de 1297. Como el tema nos resulta poco conocido, le dejamos que se explaye.

—Fijaos en el mapa de la Península. Mientras ríos y cordilleras discurren en sentido Este-Oeste, la frontera con Portugal discurre en sentido Norte-Sur. Pero en el Suroeste la cosa fue distinta. Entre León y Portugal existió siempre un acuerdo tácito para repartirse las tierras que se conquistasen allí a los musulmanes aprovechando la divisoria natural del Guadiana. Cuando el último rey de León, Alfonso IX, reconquista definitivamente Badajoz en 1230, al otro lado del río Sancho II ocupó Elvas, primero, y Juromenha, después. Lo



que ocurre es que en la empresa de la Reconquista, Portugal nos llevó la delantera. El rey San Fernando, en su obsesión por ganar Sevilla, se desprecupó de la retaguardia extremeña. Y los portugueses, claro, sacaron tajada infiltrándose en la margen izquierda del Guadiana, conquistando Moura, Serpa, Mértola.

—Que desde entonces son portuguesas, ¿no? —inquirí al volante.

—No exactamente. Alfonso el Sabio, en 1267, pudo coser aquella rota en la frontera. Con visión de estadista, renunció a sus derechos sobre el Algarve a cambio de recuperar las tierras de la margen izquierda. La Convención de Badajoz estableció la frontera entre ambos reinos —y cito de memoria— «así como entra Caia en Guadiana e Guadiana como se va por la vena al mar».

(También éste tiene los datos frescos, me dije.)

—¿Cómo pasaron entonces esas tierras de nuevo a Portugal? —inquirió el filólogo.

—Pues deshaciendo el nieto lo que había hecho el abuelo. Esta frontera por la que discurrimos, queridos amigos, es en gran medida fruto de las *boas manhas* de aquel Don Dinis que tan bien supo aprovechar a su favor las adversidades de Castilla-León a finales del XIII. Sancho IV murió muy joven, siendo el heredero niño aún. Los nobles se sublevaron contra la Regente, la animosa doña María de Molina. Sobre vino la guerra civil. Los musulmanes aprovecharon la situación para lanzarse al contraataque. Y el portugués, para recuperar en el Sur el triángulo Mértola-Noudar-Mourão (1295). Después, en una segunda vuelta de tuerca (1297), Don Dinis impuso en Alcañices la anexión de los castillos que estaban por delante del Coa, al Norte. Y en el centro se hizo con lo que entonces eran dos pequeñas aldeas de Badajoz.

—Campomaior, por delante del Caia, y Olivenza, por delante del Guadiana —precisó, un poco escamado, el geógrafo.

—Exactamente. El nieto del Rey Sabio neutralizó a Badajoz, que era el punto neurálgico de la frontera con Portugal, oponiéndole un triángulo estratégico. El vértice principal, en Elvas. Y en los flancos, dos cuñas: Campo Maior y Olivenza.

—Resumiendo —dije yo—. Que eso de las *fronteras naturales* es puro mito. Se llega hasta donde las fuerzas lo permiten, ¿no?

Un silencio de tácito asentimiento pareció acoger mis palabras. Nadie tenía ganas de seguir dándole vueltas al asunto. El campo, que nos avasallaba con su esplendor, invitaba más a la contemplación que a la reflexión. En el tapiz de la dehesa esponjado por las lluvias, entre encinas y alcornoques, alternaban pequeñas charcas festoneadas de *malmequieres* y pamplinas, manchas de blancos y amarillos sobre el verde jugoso de la tierra. Nuestro automóvil avanzaba despacio por la carretera solitaria. Aquí y allá voluminosas, informes rocas de granito. Desnudos berrocales. De vez en vez, con las últimas luces de la tarde, espejeaban en las cunetas aguas embalsadas. Traspuesta la rasante de una pequeña sierra, vimos erguido ante nosotros el campanario de la parroquial de San Vicente, casi una réplica de la matriz de Castelo de Vide. Aquella noche decidimos hacer estación allí, antes de proseguir al día siguiente nuestro viaje camino de Albuquerque.

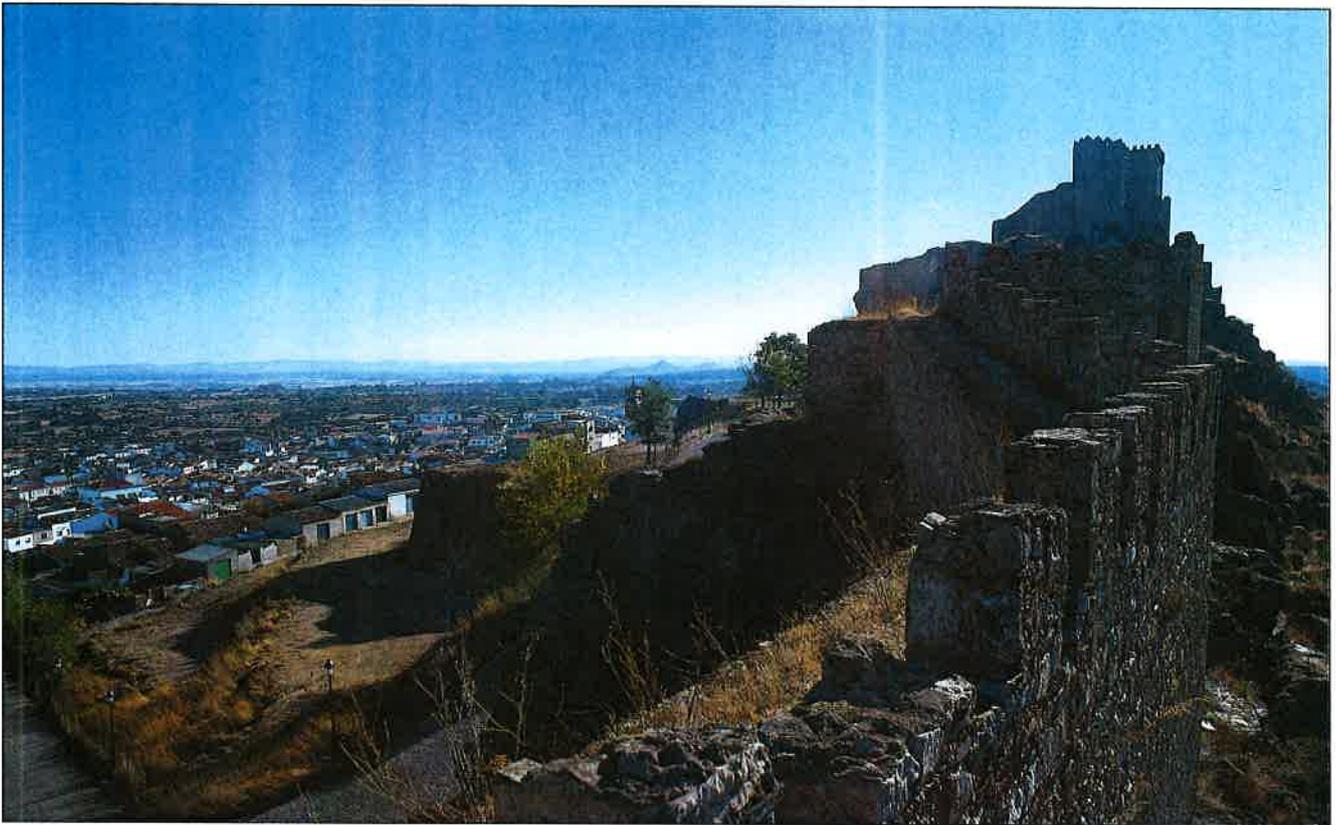
Cuaderno de viaje. San Vicente de Alcántara

Cruzamos la tierra de San Vicente, capital corchera de Extremadura. ¡Qué extraña alianza vino a establecer Dom Perignon entre el champaña y estos bosques de alcornoques! Viéndolos, sin yo quererlo, me voy de lo vivo a lo pintado. Este paisaje, real, me traslada a los paisajes, inventados, de Ortega Muñoz. ¿Inventados? Además de nacer en San Vicente, Ortega fue pintor de prolongadas estancias en su pueblo. ¿Cómo, si no, hubiera podido plasmar estas cercas de piedra que bordean la carretera, ese pozo comunal, el rostro del pastor que aguarda estático con su hato de ovejas el paso de nuestro automóvil? Nada como la pupila de un pintor para devolvernos la quintaesencia de un paisaje. Los colores de Ortega no existen en la realidad. Y sin embargo nos la devuelven con creces. ¿Será por deformación profesional que no pueda atravesar yo estos campos, incluso ahora que la primavera los muestra en toda su exuberancia, sin verlos a través de la desnudez y el ascetismo de la pintura de Ortega?

Esta pregunta me hace pensar en la conversación de ayer. También era *profesional* la mirada del geógrafo, relacionando unos espacios con otros, procurando comprenderlos como un todo. Y la del historiador que lo refutaba, iluminando la realidad presente con la luz del pasado. ¿Cómo se va a comprender la Naturaleza al margen de la Historia, de la presencia humana acumulada en él por el paso del tiempo? Lo esencial —decía Caeiro— es ver sin pensar. «Pensar é estar doente dos olhos». Mucho me temo que al menos a nosotros, animales urbanos, *profesionales*, el paisaje siempre acabe proponiéndonos algo. Esas encinas son para mí algo más que encinas. Y algo más que alcornoques esos árboles solemnes, humanísimos, que me enseñan al pasar la carne tersa y desnuda de sus despellejados troncos color de barro.

Albuquerque

¡Qué pálpito al avistarlo por vez primera! El castillo, encaramado al cerro, recortando allá arriba el perfil almenado de sus torres contra el cielo azul. Y el caserío en forma de media luna, ocre y blancos



Alburquerque

El castillo de Luna, con el adarve en primer término, protegiendo al caserío,



La tierra de Alburquerque

Vista desde el Homenaje,

escalonados derramándose por la falda de la ladera. Los adjetivos, tópicos, se agolpan en mi pluma para intentar expresar la emoción insustituible de ese primer avistamiento. Una emoción que yo quisiera sustantiva.

En Alburquerque el paisaje deviene escenografía. Tal es la perfecta conjunción de estereotipos aquí reunida que resulta difícil permanecer en el dominio de la historia, hurtarse a la leyenda. El pintor Covarsí empapó bien su paleta con el ambiente épico que respiran estas quebradas y serranías de evocadores nombres: Pajonales, Traviesa, La Calera, Ventosilla, el Centinela... Tierras arenosas de *La Zafra*, al Norte, puestas de vides y cereal. Pero dando la nota dominante, los ricos pastos y el matorral de los disputados baldíos. Manchones de encinas y jaras apretadas donde aún —¡asombro!— rebudía el jabalí y berra el venado.

Solar éste de antiguas presencias, como prueba el megarón ha poco descubierto. Solar de viejas sendas romanas y árabes. *Abú-al-Qurq*, el país de los alcornoques. Caminos, también, hollados por las cuadrillas y rebaños de la Mesta. ¿No se confundirá tu historia, Alburquerque, con el tropel de los señores que te han poseído? ¿Cómo separar la una de la otra? Primero fuiste avanzadilla de Alcántara contra Badajoz, entre Tajo y Guadiana. El portugués Don Dinis (el mismo de Alcañices, sí) te dio a su bastardo Afonso Sanches. El levantó tu primera cerca. Y cuando ya el peligro musulmán estaba lejos, tu tierra fue escenario de nuevas contiendas y banderías. La Corona, los nobles, las Ordenes militares, los infantes de Aragón. ¡Todos a la greña en tus campos, Alburquerque! De esas discordias surgieron también las torres almenadas de Benavente y Cubillos, de Piedrabuena, y Mayorga, de Azagala. ¿No fue entre sus muros donde vino a encerrarse al final de su vida el legendario clavero de Alcántara don Alonso de Monroy, el Sansón extremeño...?

Por Alburquerque no se puede pasar de largo. Hay que callejearlo, perderse en él, descubrirlo, vivirlo. Rondamos primero entre las casonas solariegas y renacientes de la *Villa Afuera*, antes de acceder a su famoso barrio gótico. De la *Teta Negra*, le llaman los *pelinos*. La *Rua Dire(c)ita* de las villas portuguesas, o sea, la principal, es aquí la Calle Derecha. Angostada, pulcra, adaptada a la curva de nivel del cerro, la cruzan otras más empinadas que nos proponen el ascenso al castillo. Abundan las portadas en granito con labores. En las fachadas cuelga su festón verde y rosa el manto real contra el albor de los muros. También vimos *armilas* rematando la forja de los balcones, al gusto de las de Campo Maior. Y alguna que otra nota de modernidad estridente, devolviéndonos al siglo.

Buscando el castillo nos salió al paso Santa María del Mercado. ¡Y es que en su atrio, como en el templo bíblico, se instalaban los mercaderes! Además de los hombres buenos del Concejo «... para faser abdiencia de librar las Causas e pleitos en ella e faser derecho a las partes», leímos en una antigua vitela. Todo es digno de interés en esta iglesia del xv que conserva, empero, el aire mudéjar de su predecesora: el retablo mayor, las capillas laterales, la sillería del coro, el órgano...

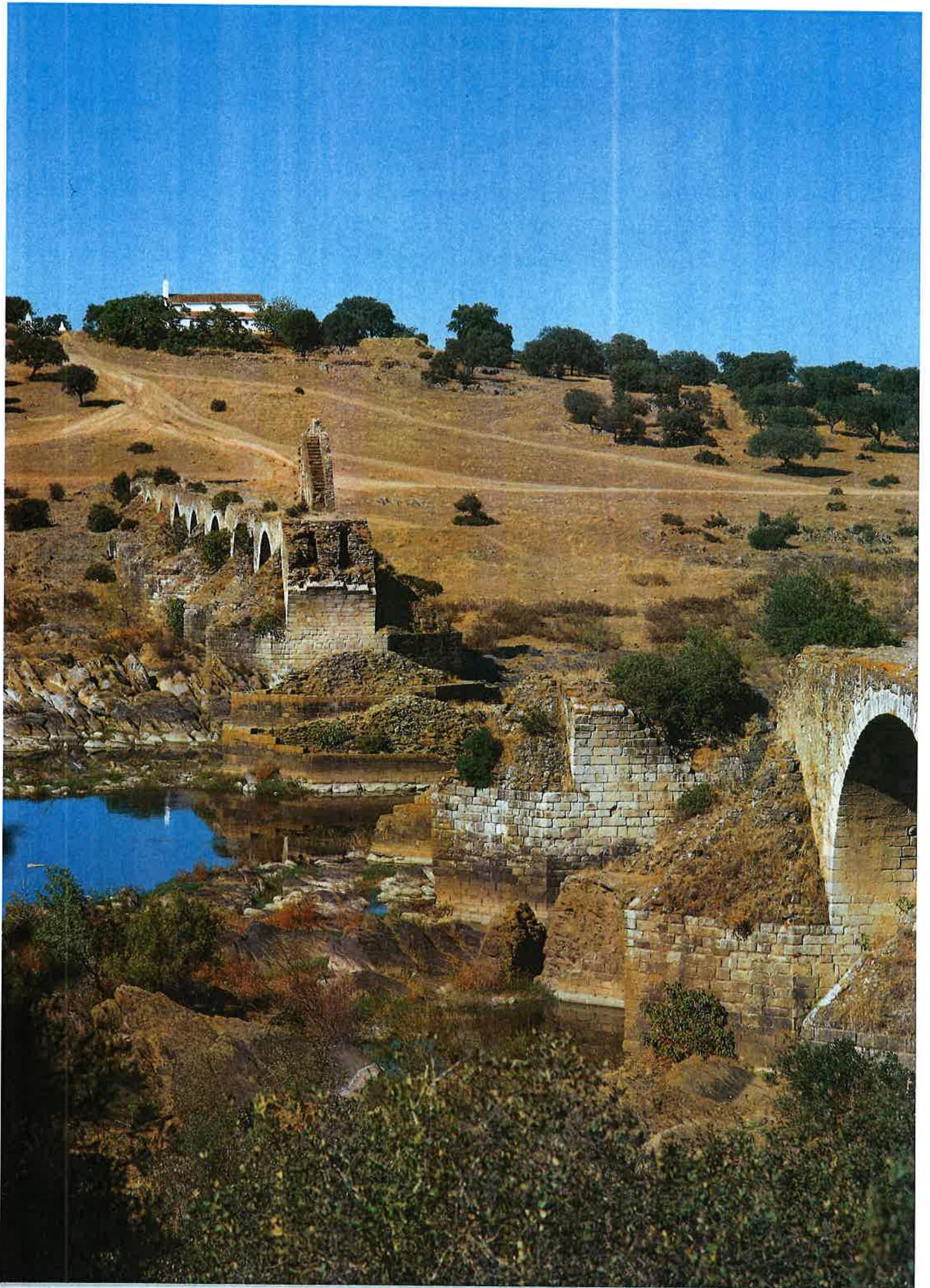
Hasta que por fin traspasamos los cubos de entrada al castillo, hiladas de piedra alzándose altaneras sobre la roca viva. Atravesamos con impaciencia el primer patio de armas para ganar cuanto antes el balcón-mirador del *Cristo Borrero*. Allí nos aguardaba la presentida vastedad del horizonte, las masas del aire limpio y fino de la primavera preñadas con el perfume de las jaras dilatándonos el pecho, el azul del cielo nimbado a lo lejos de hilachas blancas limpiándonos la mirada de titulares de prensa, de semáforos, de actualidad. Aún era posible más altura. Hubimos de cruzar un gran arco ojival de formidable luz con puente levadizo para acceder, desde el Homenaje, a la Torre de los Locos. Allí estuvimos un buen rato, atalayando los cuatro puntos cardinales, viéndolo todo sin ver nada concreto al mismo tiempo. Hasta que a requerimientos del filólogo —con el estómago lleno de mariposas por tanto escalón— bajamos al pueblo para verificar las excelencias pregonadas en cierto alegre fandango:

*Si vas a Alburquerque
por Semana Santa,
comerás los ricos
bollos de la Pascua.*

Olivenza

Si Alburquerque es la serranía y el alcornoque, Olivenza es la llanura y el olivo (*Oliv-entia*). Una protegiendo el flanco norte de la capital de la provincia, otra enclavada y amenazante sobre su flanco sur. A Septentrión, dominios de Santiago, el señorío, Castilla. A Mediodía, el Temple, el realengo, Portugal. Y Badajoz en medio, paso obligado entre la Meseta y el Océano, llave de la frontera entre Madrid y Lisboa. ¿Se podría comprender la historia de estas dos villas *raianas* sin insistir en su relación con Badajoz? Antes de lo de Alcañices, Olivenza fue una más entre las aldeas del concejo de Badajoz. Después, no hubo guerra con Portugal en que no se tentase arrancar aquella espina. Hasta que el difamado Godoy, después de cinco siglos, logró al fin en este rincón lo que siempre quiso Alfonso el Sabio: poner agua por medio entre un reino y otro. Fue en 1801, en la *Guerra de las Naranjas*. (Por los ramos de ellas que unos valientes cortaron bajo fuego enemigo en los fosos de Elvas, y el de la Paz envió a la Reina...)

Puente de Ajuç
Destruído en
1709, su
reconstrucción
es un símbolo de la
nueva Europa
unida.



Tierras de pasto y labor, frutales, viñas, flanquean la carretera de Badajoz a Olivenza. Se nota que la dehesa aquí ha perdido terreno. En los últimos años han sido arrancadas enormes masas de encinas y olivar. Las calvas en lo que antes era una mancha continua de arbolado son tantas que los campos de Olivenza, ya, casi no hacen honor a su étimo. El regadío ha alterado también la fisonomía secular de esta lengua de tierra. Lo vimos solapado a la dehesa, aguas abajo de la presa de Piedra Aguda, sobre la rivera que era antes frontera. También, claro, a uno y otro lado del Guadiana: *pomares*, naranjas, peras, melocotones. En los pastos señorea el retinto. Y en las serretas que cubren el camino entre Santo Domingo y Táliga, los negros, pacíficos toros bravos. Dehesas de El Freixo, Monteitero, Passarinhos...

La toponimia oliventina rezuma Portugal a poco que uno la estruje. Olivenza es como una anticipación de Portugal en la Extremadura española. El viajero advierte que en el ambiente urbano de Olivenza flota algo indefinido, algo que no es Extremadura. Como este diálogo que nuestro amigo el filólogo sorprendió entre dos comadres, de acera a acera, y tuvo luego el humor de transcribir:

—*Então, Maria, cómo vai esse homem?*

—*Vaya, poquito a poco, gracias. Parese que não tem dúvida...*

—*Me alegre, mujer. Que se melhore pronto del todo.*

—*Ay, filha! Isso é o que faz falta.*

En nuestra visita a Olivenza nos hizo las veces de guía el archivero-bibliotecario Antonio Pintado, viejo conocido de uno de nosotros. En estas villas de frontera —se explicó— lo militar ha impuesto su dictado a lo urbano. Ved, si no, el cuadrilátero de la ciudadela primitiva, con sus torres y puertas. El alcázar, en el ángulo más expuesto. Ese haz radial de calles que rodean el casco antiguo estuvo también ceñido en las guerras fernandinas del xiv por un murallón con cinco postigos, del que nada resta. Circundando a la *barreira* —así le llamaban los portugueses—, los antiguos *largos* y *rossios*, la carrera, las calles anchas que conducían a las ermitas extramuros, el *terreiro*, hoy plaza de España. Allí mecen su gracia las palmeras, paudando un ritmo que se repite en las ventanas de la casa-palacio Marzal. Y todo a su vez envuelto por los baluartes que se levantaron en la *Restauração*, en las guerras del xvii. Nueve baluartes en total. Uno más que Badajoz.

¡Qué desmesura! Una villa de 2.000 vecinos compitiendo con la capital de toda una provincia. Pero es que en el pasado portugués de Olivenza todo es desmesura: los cuarteles de Infantería y Caballería, el del Asiento, los polvorines. El Homenaje de su alcázar —38 metros— fue la torre más alta de toda la frontera. Don Manuel el Afortunado, en el quinientos, hizo a Olivenza sede del Obispado de Ceuta. ¡Así de magnífica es La Magdalena, versión perfeccionadísima y sublime del *Jesus* de Setúbal! Sin duda, la más bella iglesia de todo el Alentejo. En ella descansan los restos de su mentor Fray Enrique, compañero de fatigas de Cabral en la descubierta del Brasil. ¿Y la matriz, obra ya filipina, con la genealogía de la Virgen puesta en retablo? ¿Y La Misericordia, con su capilla que el gusto barroco forró toda de azulejos...? Allí vimos representada —vestir al desnudo— una escena de piadosa ingenuidad. Dios en persona ofreciendo a nuestros primeros padres dos paletós para que taparan sus vergüenzas, tras ser expulsados por el ángel del paraíso. Como contrapunto, el vigor naturalista del manuelino. En el portal de las Casas Consistoriales, entre grumos, bolas y animales fantásticos, advertimos el relieve de dos niños, uno haciendo aguas, y el otro, en cucullas, lo propio.

La última prueba de que Olivença fue una *niña mimada* de la Monarquía portuguesa la vimos en el Puente de Ajuda. El mayor y mejor puente de todo Portugal en su época (1509), ¿sólo para que los de Olivenza no se mojaran la pantorrilla al pasar a Elvas? —inquirió, escéptico el geógrafo.

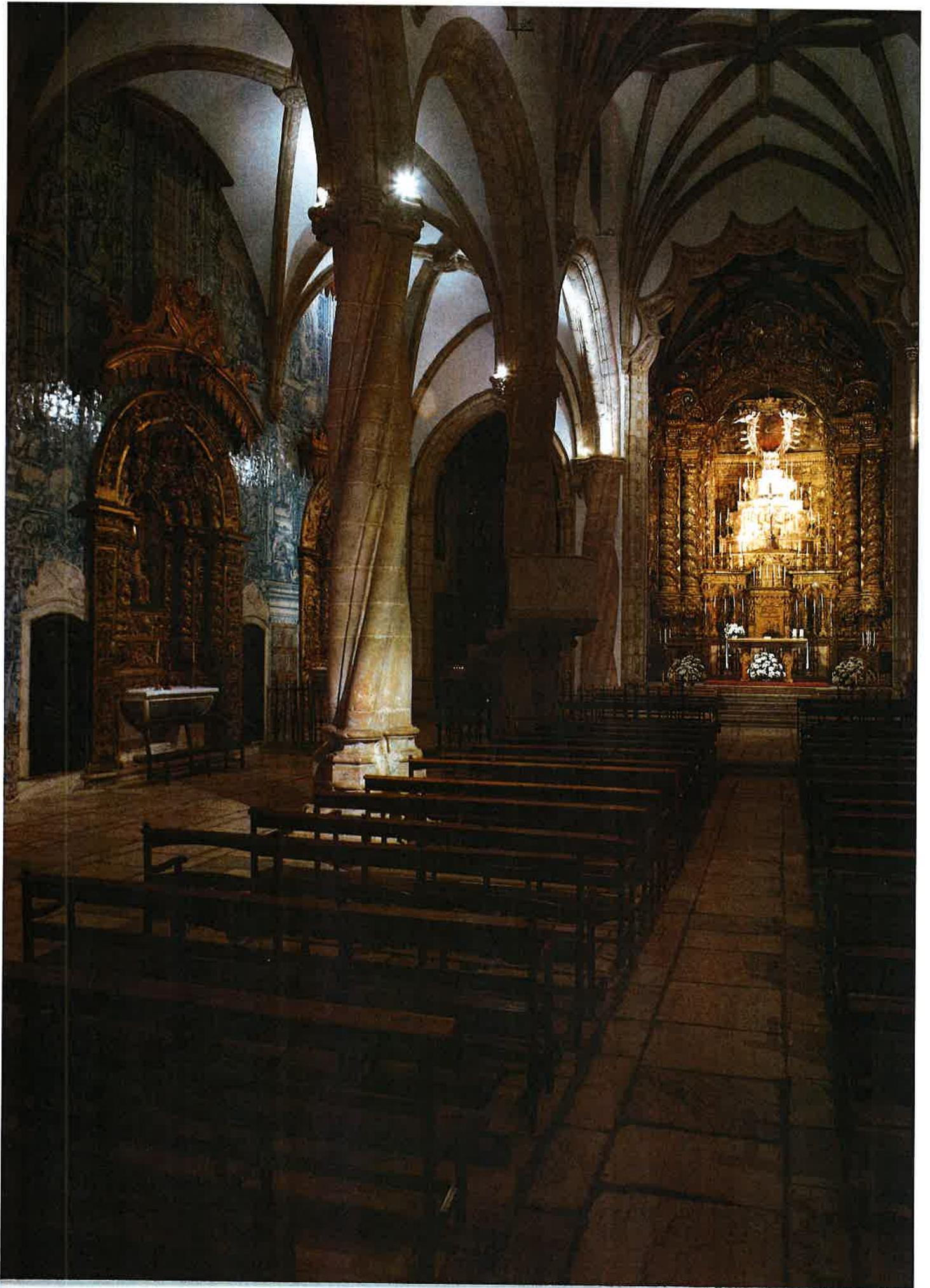
—Más bien —le atajó nuestro *cicerone*— para que las tropas de *além-Guadiana* tuvieran paso franco y pudieran operar, desde Olivenza, contra las tierras todas de la margen izquierda.

¡Ah, ya...! Eso explica la saña con que mutiló su tronco el Marqués de Bay en las guerras del xviii, las de Sucesión.

Guerras y más guerras, monumentos, Historia. «Las mismas cosas siempre / pero con distinta fecha», que decía León Felipe. Para descansar de la Historia y sus recurrencias, buscamos refugio en la intrahistoria, es decir, en el Museo Etnográfico Municipal. Sus almacenes y salas, casi 30, albergan una vasta, valiosa y variada colección de más de 6.000 piezas. ¡Qué sorpresa para el visitante este museo sin vitrinas! Allí estaba la barbería y la tienda de ultramarinos, el taller del sastre y el del zapatero y el del carpintero, la bodega y la forja, el molino, la casa popular y la burguesa, los más toscos aperos y atalajes, pero también las más exquisitas labores de cerámica, bolillos y aguja. Galanterías. En la cenefa de un pañuelo vimos bordada la partitura de un tango: *Alma de payaso*. Tan perfectos son los decorados, los cuadros vivos que nos ofrece aquel museo en sus salones, que lo único que el visitante echa en falta son los personajes de carne y hueso moviéndose, gesticulando y hablando entre sus trajines cotidianos. «Al contrario que en Alburquerque —pensé—. Aquí la escenografía parece realidad.»

Olivenza

Interior de la iglesia de Santa María Magdalen el reposo de la piedra convertida en movimiento.



Meditación europea

Abandonamos Olivenza con las primeras luces del día para cruzar la frontera por Villanueva del Fresno. Los cuatro deseábamos estar en Lisboa a la hora del almuerzo. Entre la sierra de Alor y los cabezos de Las Puercas, la carretera baja recta como tiro de piedra en dirección Alconchel. Alconchel —tan cerca— es, sin embargo, otra historia. De nuevo el baile de jurisdicciones y dominios, como en Alburquerque. También aquí encontramos la trilogía clásica de su paisaje: el cerro, escarpado; el castillo, roquero; el pueblo, en la falda. Alconchel fue antiguo municipio romano (-*concillium*) fortificado por los árabes (A/-). Para premiar su participación en la reconquista de Badajoz, Alfonso IX se lo dio a los caballeros del Temple junto a Burguillos y Xerez. Cruzamos, pues, los dominios del que fuera uno de los más importantes baylíos de la Orden en la Península. Desde aquellos lejanos tiempos, estas tierras de suaves colinas cubiertas de encinar han preservado su vocación ganadera. Ya está Alconchel a nuestra espalda. Ahora la carretera serpentea entre cercas de piedra. Una cigüeña sobrevuela, lenta y majestuosa, el bosque antiguo apretado de chaparros y matorral que clareó la mano del hombre. Llegamos a Villanueva del Fresno, pero hemos de renunciar a visitarla. ¡Qué hermosos rebaños de estos frondosos árboles hemos visto en nuestro camino, abrevando siempre junto a los cauces de los arroyos! Aquí fue la vez de los portugueses ensañándose con el castillo que Villanueva tuvo: apenas resta en pie un lienzo de muralla. Camino de Valencita nos dicen que han erguido un dolmen al *General sem medo* en el lugar donde apareció su cadáver. La brújula que baila en la guantera de nuestro coche señala por primera vez el Oeste.

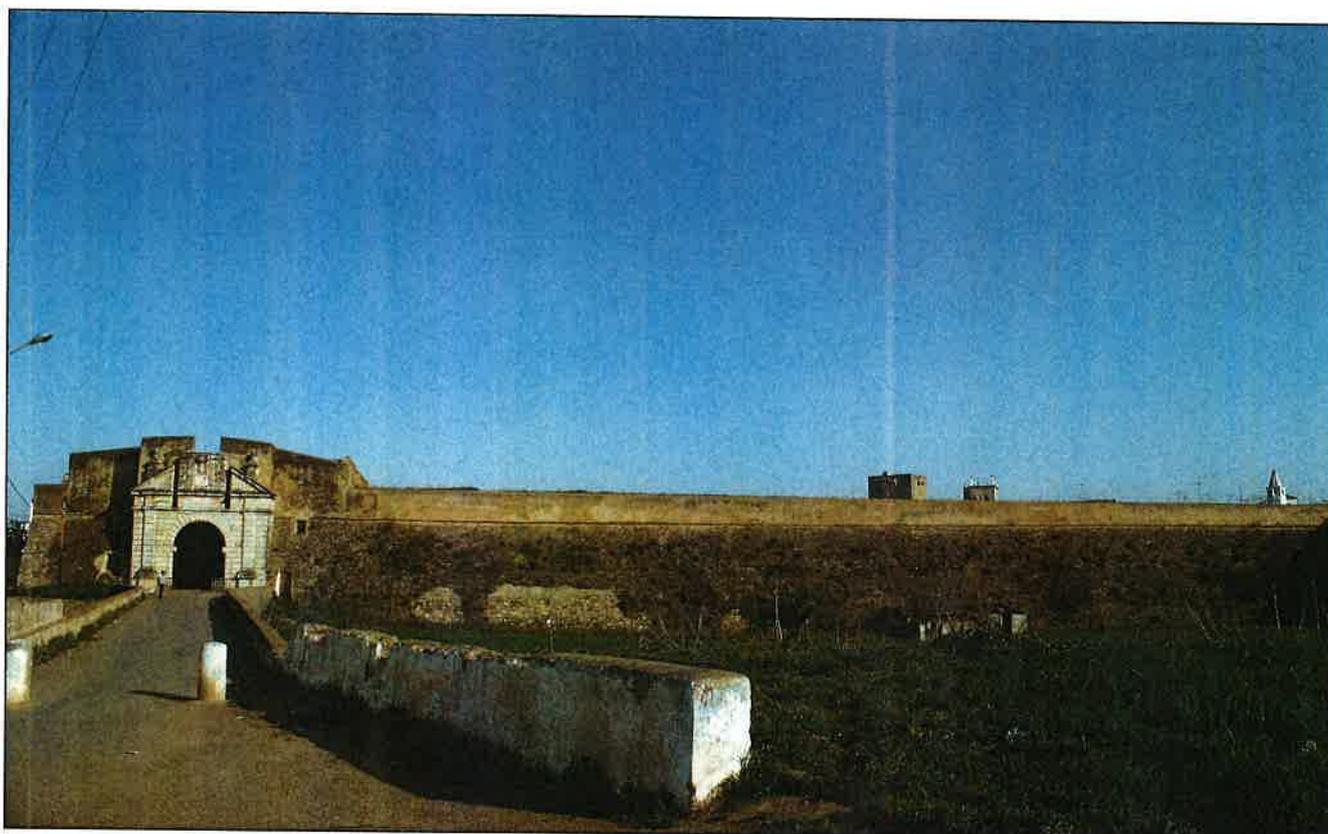
Atrás dejamos Higuera (de Vargas), y Táliga, Barcarrota, y Valverde (de Leganés), Nogales, Almendral, La Torre (de Miguel el Sesmero). Pueblos todos del partido de Olivenza. Se los dio Javier de Burgos en su famoso decreto del 33, para hacerle a la otrora villa portuguesa una cohorte en rededor de villas españolas. También a Alburquerque se le hizo cabeza de partido, y le dieron Villar (del Rey), y La Puebla (de Obando), y La Roca (de la Sierra). Una especie de *segunda línea* frente a las entradas de las tropas portuguesas es lo que dejamos por visitar. A medida que nos alejamos hacia el Sur del punto fulcral en la defensa de Extremadura —Badajoz—, decrece la importancia de los enclaves. Valencia (del Mombuey), Oliva (de la Frontera).

En diez minutos nos vimos en ella. Acuciado por una urgencia fisiológica, pedí el alto a mis camaradas de viaje justo cuando nos encontrábamos en las instalaciones de la antigua aduana. El puesto había sido abandonado. Paso franco, pues. Curioseamos tras los cristales de aquella oficina sin nadie, absurda en medio del silencio y la soledad de los campos desarbolados. Las lluvias del pasado invierno habían cubierto de verdín parte de sus muros. Contra uno de ellos alivié sin empacho, mientras los demás, discretamente, bajaron a inspeccionar el marco de granito que se erguía junto a la carretera. Me uní a ellos. Filólogo, geógrafo, historiador, se habían dado al divertimento de saltar la raya ubicándose ora en España, ora en Portugal. Recordamos la historia oída en Alburquerque de labios de un vejete. Aquel cortijo de La Codosera al que entalló por medio la Comisión de Límites, de manera que la puerta principal quedó mirando a España y la trasera a Portugal. Hice puente con mis piernas sobre la Raya virtual, al tiempo que grité entusiasmado:

—¡Viva Europa! (Pero el apremio de la hora puso fin a estas chanzas y expansiones.)

Europa, Europa —pienso arrellanado en mi asiento, mientras el coche avanza por la *chameca* alentejana camino de Mourão—. Tú has sido la causa de nuestras desavenencias. Por tu culpa nos hemos enfrentado las más de las veces portugueses y españoles, que no por rivalidades nuestras. Aquí, en la Península, es donde vinieron a ventilar sus diferencias ingleses y franceses, Austrias y Borbones. Se sucedieron los intérpretes, pero la canción fue siempre la misma: el océano contra el continente, la tierra contra el agua. Napoleón y Wellington. Estas fronteras sirvieron de teatro de operaciones a todas las guerras. El límite político más antiguo y estable del mundo, dicen. ¡Pero si hasta 1926 no culminaron sus trabajos los de la Comisión de Límites! Si en Portugal aún hay quien sueña que Olivenza —nos dijo su bibliotecario— vuelva un día a pertenecerles. ¿Se podría encontrar ejemplo más acabado de una frontera viva que esta de Extremadura y el Alentejo? Ya sabemos cuáles han sido las consecuencias de tanta *vitalidad* histórica en esta periferia arrinconada: la falta de comunicaciones internas y transversales, el aislamiento, el subdesarrollo, la pobreza, el paro, la emigración... Un engranaje fatídico que ha originado una de las mayores bolsas de pobreza de toda Europa.

¡Ah, Europa! Bien merecía esta tierra tan castigada por tu culpa que la redención le llegase, también, de la mano tuya. Europeos son los fondos con que piensan acudirle al Puente de Ajuda, tres siglos maltrecho, para reconstruir-lo, para reconciliar-nos. Europeos son los fondos con que están rasgando los caminos del futuro, rescatando del aislamiento a esta tierra, haciéndola transitable, visitable. Aquí y allá notamos el cuerno de Bruselas derramando sus abundancias en lo que eran sangrantes socavones. Los *Feder*, los planes *Interreg*, los proyectos *Leader*, van terraplenando poco a poco la superficie, igualando a los fronterizos con el resto de los europeos. Estas son las amenazas que ahora se profieren por aquí: «Vamos a dejar la frontera como un queso de Gruyère».



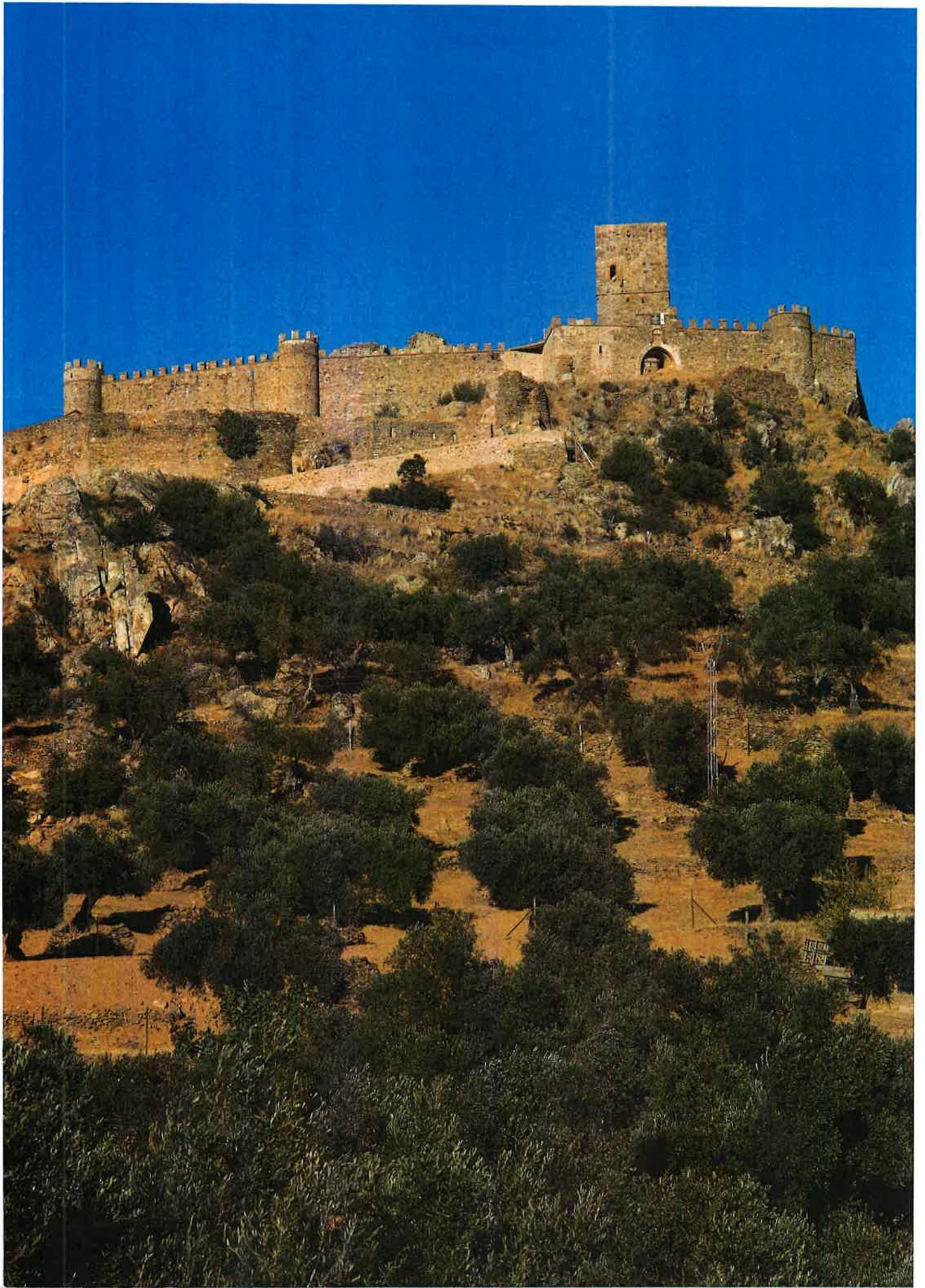
Olivenza

Puertas del Calvario, en el baluarte del mismo nombre, con los restos del puente que la unían al revellín. (Foto: Eduardo Delgado).



Olivenza

Interior de la capilla de la Santa Casa de la Misericordia, obra del pintor-ceramista Manoel dos Santos (1723).



Castillo de Alconchel

Un escenario bélico al que dan su contrapunto bucólico los olivos.

Desde los tiempos de la Reconquista, pienso, desde que anduvieron por aquí correteando los caballeros de las Ordenes, no se habían dado por estos pagos cambios tan trascendentales. Como esa novedad que nos ha traído el Acta Unica y lo de Schengen: poder ir uno de un país a otro como Pedro por su casa. Notamos, sí, las *secuelas* de la integración europea, las semillas de un tiempo nuevo, en estas villas rayanas castigadas por Leviatán. En San Vicente andan ahora haciendo con el corcho de sus alcornoques hasta paraguas. Los de Albuquerque han recuperado al fin sus baldíos. En las breñas de aquellas serranías —las leyendas no mienten— se esconde un fabuloso tesoro, el más caro a nuestro siglo: la Naturaleza virgen. Al avistar el polígono abaluartado de Olivenza, nos dio la bienvenida un polígono industrial construido donde antaño aventaban las mieses: *Ramapalhas*. Aún subsiste el carboneo tradicional, pero hogaño la dehesa da también briquetas para que alemanes y holandeses hagan allí en el Norte sus barbacoas. La dehesa: vuelo y suelo, ramoneo y entresaca, pasto y bellota. Dicen que los productos del ibérico cada vez son más apreciados en los mercados extranjeros. ¡Y es que donde se pongan un lomo y un buen jamón que se quiten todas las hamburguesas del McDonald y todas las salchichas de Frankfurt!

Vimos en nuestro periplo las almenas y los revellines de Ayer, muestras de la fraternidad ibérica. («Los que luchan, se abrazan», observó Hegel). Pero también vimos nuevas escuelas e institutos, granjas de porcino controladas por ordenador, bibliotecas, auditorios y casas de cultura, embalses, carreteras, viaductos, universidades de uno y otro lado trabajando en proyectos comunes, naranjos y plantones de olivo alimentados por goteo, revistas bilingües, piscinas y centros de salud, nuevas redes para el abasto del agua, del gas, de la electricidad, ferias, seminarios y congresos luso-españoles, ciudades hermanadas, cooperativas, asociaciones y mancomunidades constituidas al socaire de las ayudas comunitarias. Todo eso, y mucho más, vimos a nuestro paso por el otrora llamado *telón del corcho*. España y Portugal, doy fe de ello, han dejado de estar *de costas voltadas*.

Guadiana, un río necesario

Ramón de Arcos Nieto Guerrero
Juan Francisco Zamora Cabanillas

EN el heterogéneo mosaico de formaciones geológicas de la provincia de Badajoz, el Guadiana se presenta como el elemento más singular y destacado de la geografía. La cuenca del Guadiana en su tramo medio, es decir, el recorrido extremeño, está formada por una extensa porción de la Meseta Sur, de ondulado perfil, con elementos de relieve poco pronunciados. Por el Norte queda bordeada por los Montes de Toledo, Sierra de Villuercas y Sierra de San Pedro. Por el Sur, Sierra Morena decide el reparto de aguas entre la cuenca del Guadalquivir y del Guadiana. Hacia el Oeste, la cuenca y el valle del Guadiana se topan con las sierras de Ossa y de Malhão, en tierras portuguesas, que obligan al río, que llevaba dirección a Lisboa, para desembarcar en el Atlántico, se vuelva hacia el Sur, haciéndose su valle más estrecho, el río se encajona y no ofrece extensiones de vega como las que ha dejado atrás en su recorrido por la provincia de Badajoz.

El río Guadiana queda constituido, pues, como el colector de las aguas pluviales que se originan entre la vertiente sur de los Montes de Toledo y la vertiente norte de Sierra Morena, a las que se suman las que fluyen, casi siempre escasas, procedentes del curso manchego.

Salvo en los ribetes más altos de la cuenca, las precipitaciones anuales no rebasan la media de 600 litros por metro cuadrado; en las Vegas, la media incluso está por debajo de los 500. La escasez de lluvias tiene, además, como rasgo más definitorio la irregularidad con la que caen dichas aguas. La estacionalidad es muy acusada, con unos veranos largos, calurosos y secos y el invierno, generalmente corto, es el período de concentración de las lluvias, aunque no quiere decir que no se presenten inviernos secos. Las transiciones verano-invierno e invierno-verano son generalmente bruscas, configurando que las estaciones templadas de primavera y otoño sean caprichosas, inciertas y poco definidas. A la estacionalidad extrema de las precipitaciones, concentradas en el período térmicamente menos productivo, hay que añadir una acusada irregularidad interanual. Es raro el período de diez años en el que no aparezcan dos o tres con precipitaciones próximas a los 300 litros por metro cuadrado e incluso en el entorno de los 200.

Este cuadro pluviométrico, con temperaturas medias que en invierno rondan los 4 ó 5 °C, y en verano los 25 °C, sitúan a las Vegas del Guadiana en la consideración bioclimática esteparia y, cuando se suceden algunos años de sequía, en el borde desértico. Clima que resulta el más propicio para que se pueda sentir, como en ningún otro, el valor decisivo del agua para la supervivencia y bienestar de la población. Por esta misma razón, el río se convierte en arteria principal alrededor de la cual se concentra la vida y la actividad humana de la provincia, sobre todo cuando sus inmediaciones ofrecen amplias vegas con fértiles tierras procedentes de depósitos aluviales, adecuadas para la producción vegetal cuando el factor agua está presente.

Vestigios de localizaciones humanas del Paleolítico medio son los primeros signos del atractivo del río